

Inventarse a Gabriel García Márquez

«La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para poder contarla». Este es el epígrafe que ha elegido García Márquez para iniciar su libro de memorias, y con él ha querido hacer explícita la poética que sostiene *Vivir para contarla*: *el sentido de la vida no se encuentra en el presente, que no es más que un utopía temporal, sino en la narración que hilvana los recuerdos que se guardan de ese presente que no existe. De esta manera podemos deducir que el escritor que decide escribir su vida es, al igual que lo ha sido de otros personajes, un inventor de sí mismo. Y como tal inventor debe someterse a las exigencias y utilizar los mismos recursos retóricos que cualquier otro inventor de historias.

García Márquez, que sabe que el invento de sí mismo depende de la retórica, ha basado su historia (entre otros recursos utilizados con maestría) en dos principales: la utilización evocativa del tiempo y la mezcla de los géneros.

* *Gabriel García Márquez: Vivir para contarla*, Mondadori, Barcelona, 2002, 579 p.

El primero de estos recursos persigue el objetivo de sumir al lector en el ritmo con el que anda la memoria, el cual no sigue la lógica sucesiva del tiempo, sino que avanza a través del olvido como el borracho en la calle oscura, a tientas. Con esta manera que finge la arbitrariedad del recuerdo, el libro se inicia cuando García Márquez tiene casi 23 años y su madre llega a Barranquilla para pedirle que le acompañe a Aracarata para vender la casa de los abuelos. La intención de la madre al llevarle al paisaje donde transcurrió la infancia de su hijo es la de convencerle de que no abandone la firme carrera de Derecho por el oficio incierto de la escritura. El resultado es el contrario. Con ese viaje García Márquez descubre la hondura poética del nombre de una finca abandonada de aquel lugar, Macondo, y con él el paisaje y las historias que habían poblado su infancia y que poblarían luego su obra. Este es el descubrimiento con el que se inicia el libro, y es el descubrimiento que García Márquez hace de su evocación definitiva de escritor. A partir de este descubrimiento todo puede explicarse: desde su infancia hasta (es el momento en que termina este primer volumen de memorias) su exilio a Europa.

Podemos decir que el recurso de la utilización evocativa del tiempo (recurso perfectamente trabado, milagrosamente unitario) tiene dos

consecuencias en la lectura: en primer lugar, sumerge al lector en los recuerdos como si fuera él mismo quien pudiera recordar (cosa, dicha sea de paso, que refuerza la tesis del epígrafe: que la vida es para recordarla y luego contarla); y en segundo lugar, deja claro cuál es el fundamento de la identidad que se ha inventado García Márquez de sí mismo, escribir Macondo. Pues así se ha inventado García Márquez a sí mismo, escribiendo Macondo.

El segundo recurso de los utilizados es la mezcla de géneros. Este recurso permite incluir en la voz única que habla —la del narrador que quiere identificarse inequívocamente con el nombre de García Márquez— todos los discursos que ese nombre, García Márquez, ha utilizado a lo largo de su obra. Y no sólo esto: además permite al narrador adentrarse en diferentes temáticas (la familia, el amor, la amistad, la vocación) con las peculiaridades que éstas necesitan. Así, vemos que la infancia y la familia constituyen una pequeña novela escrita en el estilo que ha hecho célebre a su autor, el realismo mágico (que, descubrimos, no es más que realismo tropical); que el amor de sus padres es una reconstrucción de la reconstrucción que ya era de ese amor la novela *El amor en tiempos de cólera*; que la barbarie política de Latinoamérica permite una obra maestra del reportaje político; o que los años de adolescencia conforman

una novela sentimental más cercana por su desenfado a la ironía cáustica de Flaubert que al sentimentalismo exacerbado de Goethe. Etcétera.

García Márquez, en definitiva, se ha inventado en un libro que son muchos libros unidos por un ritmo —llevado con maestría— y una obsesión —la que hemos definido como escribir Macondo—. Y eso sin caer nunca en la melancolía o el autobombo, dos formas del vicio del autoengaño del cual le cura una vieja amante en uno de los últimos episodios del libro, un episodio terrible. Cuando el autor se atreve a preguntarle cómo es él, la amante, «riéndose con toda el alma», le responde: «Ah, no. Eso no lo sabrás nunca». Un episodio terrible porque nadie se conoce a sí mismo nunca. Por eso, cuando alguien es capaz de inventarse a sí mismo, nos parece un milagro, nos parece literatura.

Mariano Veloy